

## FRAGMENTOS NARRATIVOS

1

*Mi compañera de celda me mira mal. Tampoco me resulta extraño porque estoy acostumbrada a que me miren mal toda mi vida. Mi padre gritaba a mamá día sí día también. Y la cocina fue el refugio en el que, como esta celda, macerábamos peras al vino, hacíamos conserva de tomate dulce o guardábamos uva en sal para convertirla en agraz. A mi madre le gustaba cerrar la puerta con la excusa de que no salieran los humos, pero yo sabía que era para protegernos de otros humos que habitaban en el salón. Él, mi padre (no puedo llamarle “mi padre” en voz alta), tosía escupiendo y eructaba apoyado en la ventana, a la vista de todos. Y fumaba, y fumaba, y fumaba.*

*Mi marido era el buenazo del pueblo. Y mi abuela se empeñó en que me casara con él. Era el hijo único de los transportistas de la comarca, que, además, también tenían una tienda de paquetería y armas para la caza. Me iba con él al cine porque allí en la sala era el único sitio en el que daba igual que él no me diera conversación, su mutismo parecía una afonía constante, mal curada. Allí, callados, empezamos a querernos o a habituarnos mirando domingo a domingo en la sala de cine las historias de otros. Yo sentía que lo tenía al lado, pero solo lo sentía, sin más. A la salida le preguntaba.*

—¿Te gustó?

—Mucho.

—¿Qué te gustó más?

—Los paisajes.

—Dan ganas de ir, ¿verdad?

—Es lejos.

—Claro, es lejos, pero dan ganas de ir.

—Sí.

Así empecé a callar. Él elegía las películas para ver y yo me sentaba a su lado. Los dos mirando la pantalla cogidos de la mano. Me entrelazaba los dedos en las escenas tiernas, y yo no sentía pasión alguna, aunque me parecía como un buenazo amordazado por su destino. Y yo no quería ese destino.

“El agua es insípida, pero es necesaria”, me dijo mi abuela cuando intenté explicar que era un desabrido. Yo sabía que el agua era necesaria, pero en misa la mezclaban con vino, ¡por algo sería!... Fueron así años de dicha, digo, pero la felicidad está hecha también de confeti, y el colorido no aparecía por ningún lado. Algo tan liviano como el confeti podría haber alegrado aquellas tardes de cine, pero —me lo decía mi abuela— únicamente debía acostumbrarme a él. Agua. Agua para quitar la sed. Agua. Hay hombres que son simplemente agua. Agua. Creo que aquellos días de butacas no numeradas y cine fueron los que me hicieron aprender a caminar mirando al cielo tecnicolor. Esperando otra agua, otra película.

2

Al salir de la plaza de toros, no encontraban el coche. Traían en los ojos chispas de sol, del oro de los trajes, y caminaban aturdidas sorteando los automóviles que se ponían en marcha, la gente de la salida, los puestos de helados y gaseosas.

—No os perdáis de mí, niñas —dijo el padre de Gertru, volviéndose hacia ellas.

Gertru se paró a esperar a Natalia, que se había quedado rezagada.

—Ven, no te quedes atrás. Tú cógete del brazo.

—No, mejor sueltas; nos empujan menos. Si no me pierdo.

—Es que me tuerzo un poco con los tacones, ¿sabes?

Le hablaba sin mirarla, atenta al equilibrio para no caerse. Natalia se dejó coger del brazo. Sintió el ruido del traje de gasé.

—Qué incómoda debes ir con eso. No sé cómo puedes. No podías ni aplaudir.

Una señora le enganchó el encaje del vestido con los colgantes de una pulsera gorda. Se detuvieron a desprenderse. El padre de Gertru ya las estaba llamando desde el coche, con la bocina.

—Vamos, vamos, papá. Espera. Mira a ver, Tali. Yo creo que me lo ha rasgado un poco.

Entraron al asiento de atrás. Gertru la primera y se tuvo que agachar mucho. Bajó la ventanilla. Arrancaron. Iban despacio, al paso de la gente, y algunos asomaban la cara al interior con curiosidad, hombres sudorosos con gorros de papel. Uno le tiró un beso a Gertru. Ella se puso a abanicarse muy deprisa.

–Qué calor, ¿verdad, tú?

Entraba el aire fresco, el murmullo de los comentarios. Salieron. El padre preguntó que adónde iban, que si llevaban a Natalia primero.

–No, no, si Tali se viene con nosotros. Te vienes, boba. Primero merendamos en casa, y luego lo que te he dicho.

–No sé qué hacer, de verdad; me da un poco de apuro –dijo Tali.

–Pero apuro por qué. Si ha sido él el que ha dicho que te quiere conocer. ¿No ves que le estoy hablando siempre? ¿No tienes ganas de conocerle tú?

Hablaban ahora con voz de secreto, mirando el suelo del coche.

–Sí, mujer, si no es por eso. Es que a lo mejor os molesto, y además yo al Casino no he ido nunca

–Alguna vez tiene que ser la primera. ¿No te dejan tus hermanas?

–Ya lo sabes que sí me dejan.

Anda mujer, y te pinto un poco los labios, te pongo bien guapa. ¿No te hace ilusión?

Natalia se quedó mirando la calle. En el borde de la acera había gente parada, niños, [...] Merendaron en casa de Gertru, se mudó ella y llegaron al Casino a las ocho. Ángel, que había salido a la puerta a esperarlas, las vio venir del brazo arrimadas a la pared. Su novia le sonrió. La otra chica venía mirando para el suelo. Les dijo que estaba todo llenísimo, que la única mesa que había encontrado se la estaba guardando un amigo.

(C. Martín Gaité, *Entre visillos?*)

3

Telefoneé a Jorge Rius, capitán de los Mossos d'Esquadra, cuerpo al que los jueces suelen encarar los casos relacionados con sectas, y nos dio una cita en su cuartel. Revolvimos expedientes, fichero, asuntos en los que habían intervenido, vigilancias cautelares que aún realizaban... Permanecimos cerca de cinco horas trabajando con intensidad. Nos pasó sin ambages todo su material dándonos fotocopias de documentos y relaciones de sospechosos. En realidad, casi todo lo que tenían eran casos aislados que se consideraban fuera de circulación y denuncias aisladas que estaban estudiándose por si llegaban a conformarse como delitos. Los sospechosos habituales se encuadraban en un perfil común, todos eran hombres que habían tenido algún grado de implicación menor en casos concluidos de los que habían salido sin cargos. Repasamos la lista con detenimiento sin encontrar a nadie que nos llamara especialmente la atención. De hecho, Rius me secundó en todas aquellas labores con total diligencia, pero con no menos total ausencia de fe. Todo lo que le había contado sobre nuestro caso le hizo recelar desde el principio que sus archivos y conocimientos pudieran ser de alguna utilidad. Quemó su último cartucho facilitándonos un nombre y una dirección, ambos de una persona ajena a la policía, pero a quien se dirigían como experto en sectas cuando necesitaban alguna información. El capitán pensaba que quizá fuera mejor para nosotros contar con conocimientos generales que nos llevaran a una ubicación inicial. Estuve de acuerdo con él.

Cargados con listas y legajos varios salimos de allí con más tarea por delante. Garzón repasaría la relación de sospechosos de nuevo y haría alguna que otra averiguación sobre ellos. Después realizaría sus visitas habituales para informarse sobre hallazgos de cadáveres y denuncias de desaparecidos. Yo, por mi parte, hablaría con el experto en sectas y vería qué podíamos sacar en claro con la sabiduría que pudiera aportar.

(A. Giménez-Bartlett, *Mensajeros en la oscuridad*)

## Preguntas

1. Elija el resumen más adecuado del texto que ha leído.

1. Unos investigadores de policía tienen que resolver un caso de asesinato. Para obtener información sobre posibles sospechosos se dirigen a los Mossos d'Esquadra, que les facilitan todo el material disponible a fin de encontrar algún dato importante. Tras haber escudriñado el material sin éxito, uno de los investigadores se dirige a un experto en sectas a quien acudía ese cuerpo de policía cuando necesitaba alguna información al respecto.

2. Unos investigadores de policía tienen que resolver un caso de asesinato. Para obtener información sobre posibles sospechosos se dirigen al capitán de policía Jorge Rius, que les facilita todo el material disponible a fin de encontrar algún dato importante para poder dar con el culpable. Tras haber escudriñado el material sin éxito, Garzón se dirige a un experto en sectas después de haber consultado de nuevo la lista de sospechosos.

3. Unos investigadores de policía se dirigen al capitán de los Mossos d'Esquadra para resolver un caso de asesinato. A fin de obtener más información sobre posibles sospechosos se dirigen al capitán de la Guardia Civil Jorge Rius, que les facilita todo el material disponible a fin de encontrar algún dato importante para poder dar con el culpable. Tras haber escudriñado el material sin éxito, Garzón se dirige a un experto en sectas después de haber consultado de nuevo la lista de sospechosos.

4. Unos investigadores de policía tienen que resolver un caso de asesinato. Para obtener información sobre posibles sospechosos se dirigen a los Mossos d'Esquadra, que les facilitan todo el material disponible a fin de encontrar algún dato importante. Tras haber escudriñado el material sin éxito, un experto en sectas se ofrece para ayudarles a resolver el caso.

4.

Nikolai Yakolev tenía la piel blanca, las facciones suaves y los ojos de un azul acuoso. Había un cierto magnetismo en aquella mirada. Podría haber pasado por un concertista de piano ruso o por un gran maestro de ajedrez. Incluso por un bailarín del Bolshoi. Tenía el aspecto distinguido de un aristócrata ruso del tiempo de los zares. Lamentablemente, la ancha Rusia le venía estrecha. La prolongada permanencia en el mundo capitalista lo había pervertido. Le gustaba la cocina francesa, la ropa inglesa, los coches italianos, el whisky escocés, los cigarrillos americanos, las autopistas alemanas y las mulatas brasileñas de anchas caderas y pechos sólidos y voluminosos, a pesar de que todos estos países profesaban distintas doctrinas políticas. También el jamón de Jabugo y la gamba blanca de Huelva, entranbos españoles. Tenía una hoja de servicios impecable que no le sirvió de nada cuando el torpedo de la perestroika hizo zozobrar el navío del Estado exportador de revoluciones obreras y el KGB se vio obligado a desprenderse del sesenta por ciento de sus efectivos. De la noche a la mañana se quedó en la calle y nadie le dio una explicación. En realidad no había explicación. Simplemente ocurría que sus superiores, en sus informes confidenciales, hacían constar que se había convertido en un agente potencialmente peligroso: tenía cuarenta y tres años y llevaba trabajados casi la mitad de esos años en Occidente, en Europa y en América latina, incluso una temporada de seis meses en Nueva York. No había motivo para sospechar de él, pero no se puede estar tanto tiempo expuesto a la porquería capitalista sin contaminarse.

Cuando Nikolai Yakolev se quedó en la calle, tomó un taxi y se fue al parque Sokolniki, tomó asiento en un despintado banco de madera y durante dos horas planeó cuidadosamente el resto de su vida mientras veía ir y venir a los patinadores sobre la superficie helada del estanque que tenía delante. Se sentía como si de repente todos sus esfuerzos y sacrificios se hubieran esfumado en la nada. En Rusia no había porvenir, mucho menos para una persona como él. Incluso cabía la posibilidad de que algún nuevo jefe de la sección exterior del KGB considerara que sabía demasiado y decidiera eliminarlo, de ahí que Yakolev se sintiera atemorizado. Estas purgas en la organización habían sido frecuentes en el pasado nada garantizaba que no se repitieran en el futuro. No había allí nada que lo retuviera.

1. Elija el resumen más adecuado del texto que ha leído.

Nikolai Yakolev, un maestro de ajedrez que había pasado mucho tiempo en el extranjero, perdió su trabajo sin recibir explicación alguna por parte de sus superiores. Ya sin trabajo y desorientado se dirigió a un parque donde planeó su futuro sentado en un banco. Después de haber hecho algunas consideraciones importantes, se muestra propicio a abandonar el país.

Nikolai Yakilev, un agente secreto del KGB que había pasado una década en el extranjero, perdió su trabajo sin un motivo aparente, a pesar de ser tener durante mucho tiempo una limpia reputación como policía. Desconcertado y sin rumbo se dirige a un parque tras recibir la noticia, donde planea su futuro. Decide que lo mejor es volver a empezar en Rusia buscándose otra trabajo mejor.

Nikolai Yakilev, un agente secreto del KGB que había pasado alrededor de dos décadas en el extranjero, perdió su trabajo a causa del cambio de gestión que tuvo lugar en el KGB. Nadie le dio una explicación de lo que le había ocurrido. Ya sin trabajo y desorientado se dirigió a un parque donde planeó su futuro sentado en un banco. Después de haber hecho algunas consideraciones importantes, se muestra propicio a abandonar el país.

Nikolai Yakilev, un agente secreto del KGB que practicaba con frecuencia otros oficios como jugador de ajedrez o bailarín, perdió su trabajo a causa del cambio de gestión que tuvo lugar en el KGB. Nadie le dio una explicación de lo que le había ocurrido. Ya sin trabajo y desorientado se dirigió a un parque donde planeó su futuro sentado en un banco. Después de haber hecho algunas consideraciones importantes, se muestra propicio a abandonar el país.

5.

Garzón se levantó de golpe con claras intenciones represivas, pero le tiré del brazo con firmeza y le ordené que lo dejara salir. El improvisado exhibicionista reacomodó el paquete en su embozo y se fue más altivo y contento que un conquistador en un desfile. Entonces, el subinspector, muy azarado, me pidió disculpas, supuse que en nombre del género masculino.

—Quédese tranquilo, Fermín, a estas alguras no voy a escandalizarse..., aunque, pensándolo bien, me pregunto por qué la ha tomado conmigo ese chaval. ¡Ha sido usted quien le ha interrogado, quien ha hablado todo el tiempo! Yo me he limitado a estar presente.

—Bueno, inspectora, en cierto modo es lógico que se picara con usted; usted es una mujer y...

—¡Si no he abierto la boca!

—bueno, el chico se ha puesto nervioso.

—ahora tampoco lo entiendo a usted. Hace un segundo hubiera sido capaz de partirla la cara a ese desgraciado, y un minuto más tarde parece justificarlo.

—Entiendo que no lo entienda, porque éstas son cosas muy sutiles y con significaciones delicadas.

—Ya veo. Debe de tratarse de un asunto etéreo, casi místico: la maravillosa “razón” penetradora e impenetrable.

No le hizo ninguna gracia. Obviamente había que andarse con pies de plomo cuando una decidía entrar en terrenos blandos; pero incluso con precauciones máximas me costaría algún tiempo desentrañar aquel extraño código no escrito.

En cualquier caso, y sensibilidades varoniles aparte, nos habíamos quedado sin una víctima-sospechoso, y mucho me temía que siguiendo por la vía de mendigos y desheredados varios no

íbamos bien encaminados. Pasé horas en mi despacho, devanándome los sesos. ¿Sería eso lo que pretendía advertirme la misteriosa voz telefónica, que no había que continuar por ahí? ¿Era un colaborador en vez de un enemigo?, ¿acaso un confidente que se avergonzaba o estaba muerto de miedo? Pero, por muy aterrorizado que estuviera, habría sido más explícito de haberse tratado de un informador... Repetir negación tras negación no parecía tener sentido alguno ni aportaba la menor claridad. ¿El propio asesino y castrador cometía los horrores y luego enviaba los penes y por último llama a micasa? ¡Bah!, los misterios no se sirven en bandeja para después hurtar la solución. Además, los asesinos en serie de tipo travieso y ocurrente solo se dan en la ficción.

## 6. En el viaje de novios de Javier Marías

**Mi mujer se había sentido indispuesta y habíamos regresado apresuradamente a la habitación del hotel, donde ella se había acostado con escalofríos y un poco de náusea y un oco de fiebre. No quisimos llamar enseguida a un médico por ver si se le pasaba y porque estábamos en nuestro viaje de novios, y en ese viaje no se quiere la intromisión de un extraño, aunque sea para un reconocimiento.** Debía de ser un ligero mareo, un cólico, cualquier cosa. Estábamos en Sevilla, en un hotel que quedaba resguardado del tráfico por una explanada que lo separaba de la calle.

Mientras mi mujer se dormía (pareció dormirse cuando la acosté y la arropé), decidí mantenerme en silencio, y la mejor manera de lograrlo y no verme tentado a hacer ruido o hablarle por aburrimiento era asomarme al balcón y ver pasar a la gente, a los sevillanos, cómo caminaban y cómo vestían, cómo hablaban, aunque, por la relativa distancia de la calle y el tráfico, no oía más que un murmullo. Miré sin ver, como mira quien llega a una fiesta en la que sabe que la única persona que le interesa no estará allí porque se quedó en casa con su marido. Esa persona única estaba conmigo, a mis espaldas, velada por su marido. Yo miraba hacia el exterior y pensaba en el interior, pero de pronto individualicé a una persona, y la individualicé porque a diferencia de las demás, que pasaban un momento y desaparecían, esa persona permanecía inmóvil en su sitio. Era una mujer de unos treinta años de lejos, vestida con una blusa azul sin apenas mangas y una falda blanca y zapatos de tacón también blancos. Estaba esperando, su actitud era de espera inequívoca, porque de vez en cuando daba dos o tres pasos a derecha o izquierda, y en el último pasa arrastraba un poco el tacón afilado de un pie o del otro, un gesto de contenida impaciencia. Colgado del brazo llevaba un gran bolso, como los que en mi infancia llevaban las madres, mi madre, un gran bolso negro colgado del brazo anticuadamente, no echado al hombro como se llevan ahora. Tenía unas piernas robustas, que se clavaban sólidamente en el suelo cada vez que volvían a detenerse en el punto elegido para su espera tras el mínimo desplazamiento de dos o tres pasos y el tacón arrastrado del último paso. Eran tan robustas que anulaban o asimilaban esos tacones, eran ellas las que se hincaban sobre el pavimento, como navaja en madera mojada. A veces flexionaba una para mirarse detrás y alisarse la falda, como si temiera algún pliegue que le afeara el culo, o quizá se ajustaba las bragas rebeldes a través de la tela que las cubría.

Estaba anocheciendo, y la pérdida gradual de la luz me hizo verla cada vez más solitaria, más aislada y más condenada a esperar en vano. Su cita no llegaría. Se mantenía en medio de la calle, no se apoyaba en la pared como suelen hacer los que aguardan para no entorpecer el paso de los que no esperan y pasan, y por eso tenía problemas para esquivar a los transeúntes, alguno le dijo algo, ella le contestó con ira y le amagó con el bolso enorme.

De repente alzó la vista, hacia el tercer piso en que yo me encontraba, y me pareció que fijaba los ojos en mí por primera vez, Escrutó, como si fuera miope o llevara lentillas sucias, guiñaba un poco los ojos para ver mejor, me pareció que era a mí a quien miraba. Pero yo no conocía a nadie en Sevilla, es más, era la primera vez que estaba en Sevilla, en mi viaje de novios con mi mujer tan reciente, a mi espalda enferma, ojalá no fuera nada. Oí un murmullo procedente de la cama, pero no volvía la cabeza porque era un quejido que venía del sueño, uno aprende a distinguir enseguida el sonido dormido de aquel con quien duermo. La mujer había dado unos pasos, ahora en mi dirección, estaba cruzando la calle, sorteando los coches sin buscar un semáforo, como si quisiera aproximarse rápido para comprobar, para verme mejor a mi balcón asomado. Sin embargo, caminaba con dificultad y lentitud, como si los tacones le fueran desacostumbrados o sus piernas no estuvieran hechas para ellos, o la desequilibrara el bolso o estuviera mareada. Andaba como

había andado mi mujer al sentirse indispuesta, al entrar en la habitación, yo la había ayudado a desvestirse y a meterse en la cama, la había arropado. La mujer de la calle acabó de cruzar, ahora estaba más cerca pero todavía a distancia, separada del hotel por la amplia explanada que lo alejaba del tráfico. Seguía con la vista alzada, mirando hacia mí o a mi altura, la altura del edificio a la que yo me hallaba. Y entonces hizo un gesto con el brazo, un gesto que no era de saludo ni de acercamiento, quiero decir de acercamiento a un extraño, sino de apropiación y reconocimiento, como si fuera yo la persona a quien había aguardado y su cita fuera conmigo. Era como si con aquel gesto del brazo, coronado por un remolino veloz de los dedos, quisiera asirme y dijera: "Tú ven acá", o "Eres mío". Al mismo tiempo gritó algo que no pude oír, y por el movimiento de los labios sólo comprendí la primera palabra, que era "¡Eh!", dicha con indignación, como el resto de la frase que no me alcanzaba. Siguió avanzando, ahora se tocó la falda por detrás con más motivo, porque parecía que quien debía juzgar su figura ya estaba ante ella, el esperado podía apreciar ahora la caída de aquella falda. Y entonces ya pude oír lo que estaba diciendo: "¡Eh! Pero qué haces ahí? El grito era muy audible ahora, y vi a la mujer mejor. Quizá tenía más de treinta años, los ojos aún guiñados me parecieron claros, grises o color ciruela, los labios gruesos, la nariz algo ancha, las aletas vehementes por el enfado, debía de llevar mucho tiempo esperando, mucho más tiempo del transcurrido desde que yo la había individualizado. Caminaba trastabillada y tropezó y cayó al suelo de la explanada, manchándose en seguida la falda blanca y perdiendo uno de los zapatos. Se incorporó con esfuerzo, sin querer pisar el pavimento con el pie descalzo, como si temiera ensuciarse también la planta ahora que su cita había llegado, ahora que debía tener los pies limpios por si se los veía el hombre con quien había quedado.

Logró calzarse el zapato sin apoyar el pie en el suelo, se sacudió la falda y gritó: "Pero qué haces ahí! ¿Por qué no me has dicho que ya habías subido? ¿No ves que llevo una hora esperándote?" (lo dijo con acento sevillano llano, con seseo). Y al tiempo que decía esto, volvió a hacer el gesto del asimiento, un golpe seco del brazo desnudo en el aire y el revoloteo de los dedos rápidos que lo acompañaba. Era como si me dijera "Eres mío" o "Yo te mato", y con su movimiento pudiera cogerme y luego arrastrarme, una zarpa. Esta vez gritó tanto y ya estaba tan cerca que temí que pudiera despertar a mi mujer en la cama.

-¿Qué pasa?- dijo mi mujer débilmente.

Me volví, estaba incorporada en la cama, con ojos de susto, como los de una enferma que se despierta y aún no ve nada ni sabe dónde está ni por qué se siente tan confusa. La luz estaba apagada. En aquellos momentos era una enferma.

-Nada, vuelve a dormirte- contesté yo.

Pero no me acerqué a acariciarle el pelo o tranquilizarla, como habría hecho en cualquier otra circunstancia, porque no podía apartarme del balcón, y apenas apartar la vista de aquella mujer que estaba convencida de haber quedado conmigo. Ahora me veía bien, y era indudable que yo era la persona con la que había convenido una cita importante, la persona que la había hecho sufrir en la espera y la había ofendido con mi prolongada ausencia. "¿No me has visto que te estaba esperando ahí desde hace una hora? ¿Por qué no me has dicho nada!, chillaba furiosa ahora, parada ante mi hotel y bajo mi balcón. "¡Tú me vas a oír! ¡Yo te mato!", gritó. Y de nuevo hizo el gesto con el brazo y los dedos, el gesto que me agarraba.

-¿Pero qué pasa?- volvió a preguntar mi mujer, aturdida desde la cama.

En ese momento me eché hacia atrás y entorné las puertas del balcón, pero antes de hacerlo pude ver que la mujer de la calle, con su enorme bolso anticuado y sus zapatos de tacón de aguja y sus piernas robustas y sus andares tambaleantes, desaparecía de mi campo visual porque entraba ya en el hotel, dispuesta a subir en mi busca y a que tuviera lugar la cita. Sentí un vacío al pensar en lo que podría decirle a mi mujer enferma para explicar la intromisión que estaba a punto de producirse. Estábamos en nuestro viaje de novios, y en ese viaje no se quiere la intromisión de un extraño, aunque yo no fuera un extraño, creo, para quien ya subía por las escaleras. Sentí un vacío y cerré el balcón. Me preparé para abrir la puerta.

Javier Marías, *Cuando fui mortal*

# *Cuadernos de Dete.it*

